

blemente al rehusar aceptar de buenas á primeras el origen celeste de las visiones. Así es cómo debió ser. Aquella suspicacia nos ha valido largas investigaciones, minuciosas rebuscas, afirmaciones y negaciones, comprobaciones de toda clase cuyos resultados fueron tan luminosos, que todos aquellos sacerdotes incrédulos se convirtieron, y que en 18 de enero de 1862, monseñor Laurence promulgó un mandamiento en el que declaraba que « las Apariciones presentaban todos los caracteres de la verdad y que los fieles podían tenerlas por ciertas ».

Y esto fué el punto de partida de las grandes peregrinaciones. La Virgen, cuya orden: « Quiero que venga aquí la gente en procesión » iba á ejecutarse, aprobó los términos de aquel mandamiento, lo sancionó, sellándolo con numerosos milagros.

XIII

Lourdes, cosa rara, estará casi vacío esta tarde; se han marchado las grandes peregrinaciones de provincia; sólo quedan los holandeses, los ingleses, algunos flamencos, y lo que aquí llaman las peregrinaciones con cestas, es decir, bandadas de campesinas venidas de las cercanías, para solazarse un rato.

Todas esas personas, reunidas, forman apenas algunos millares de seres; para Lourdes, semejante número de almas es el desierto y la calma; pero, mañana, esto recobrará su aspecto habitual. El Diario de la Gruta anuncia llegadas fantásticas de trenes salidos de todos los puntos del territorio; corta será la tregua de descanso.

La aprovecho para ir á la gruta, á fin de asistir; esta mañana, á la misa de los enfermos. Desde lejos, detrás de los barrotes de la verja

cerrada, me parece ver, en el fondo de la cavidad, una forma humana que se mueve, toda de oro, sobre un fondo de fuego.

Ha comenzado la misa. Me instalo, bajo los árboles, sobre una punta de banco; delante de mí están los cochecillos de los enfermos. Las noches son interminables para los que sufren, y las tinieblas avivan sus dolores. ¡Con qué impaciencia han debido de esperar, en el dormitorio atravesado por el paso de las enfermeras y ensordecido por los gemidos, el amanecer del nuevo día! ¿Será hoy cuando van á curarse? Cuentan los días, ya menguados, que han de pasar en Lourdes. Todavía dos, tres, y les será menester, á los que no hayan sido curados, subir de nuevo la otra pendiente del Calvario, soportar de nuevo, el movimiento de tolva, tan doloroso, de los trenes. Crece la angustia á medida que pasan los días; todos esos desdichados están ahí, pasando, abortos, las cuentas de su rosario, flechando de repente las miradas suplicantes de un animal que se siente morir, hacia la Virgen, en pie, en la oíva de la roca.

Todos esos lamentables enfermos gravísimos, que no pueden moverse en sus coches, cierran los ojos por respeto, en el momento de la elevación; y los que pueden mover las manos, las cruzan.

Desgarradora expresión de dolor y de fervor es la de esos míseros al acercarse el momento de

la comunión. ¡Ah qué elocuencia sin igual la de esas facciones cuando sale de la gruta el sacerdote, con el copón en la mano, y que viene á dar la comunión á cada uno de esos impedidos!

Ya no se ven ojos, en aquel campo de caras pálidas, sino sólo velos blancos de párpados, cuando el celebrante, de vuelta á la gruta, distribuye el pan de los ángeles á través de las verjas, provistas de un mantel, á los enfermos que pueden andar y á los fieles sanos.

¡Ciertamente que conmueve la condescendencia de ese Dios que va hacia sus ovejas cuyos cuerpos agonizan, pero, quisiera yo más aún, Señor! — Habéis dicho: « Venid á mí, todos los que estáis abrumados, y yo os aliviaré. » — Han venido, están aquí: ¡cumple tu promesa, Señor, alívalos!

— ¡Y, además, pensad, Señor, que si probamos á escrutar el incomprensible misterio de vuestra sangre, casi podemos atrevernos á recordaros, á Vos que habéis salvado al mundo, que, á cierto momento, también á Vos os hemos salvado nosotros!

Tanteamos, atontados, en la sombra, discerniendo apenas, en tenues y cortas claridades, los insondables enigmas de la sangre; vemos que el hombre os ha, desde su nacimiento, gravemente ofendido, en el Edén, y que, para borrar aquella ofensa, ha sido menester que cometiera otra más grande todavía; para compensar

el crimen de la desobediencia, ha tenido que hacerse deicida, no retroceder ante un crimen sin igual, verter la sangre de un Dios, para permitirle á Éste que le rescatara.

¡Y esa sangre que os hemos ayudado á darnos, para salvación de nuestra alma, hemos sido, nosotros, los primeros en darla para salvación de vuestro cuerpo, pues fueron degollados los Inocentes en lugar vuestro, por Herodes!

Hubo sustitución de niños; todos los recién nacidos de Belén pagaron por el Recién-Nacido, refugiado en Egipto; millares de inocentes, catorce mil, según el Canon de la misa de los abisinios y el Calendario de los griegos, han sido sacrificados por uno solo.

Eso constituye una deuda, una deuda contraída por el Niño Jesús, y que podemos reclamar al Hombre-Dios, aquí, en donde, más que en ninguna otra parte, desborda la sangre de las lesiones internas y de las llagas... — Pero, acaso conviniera que fueran niños los que rezaran, en la gruta, por los enfermos; ellos, que clamaran las invocaciones en las piscinas; ellos que, en una palabra, se constituyeran los herederos de la sangre, en Lourdes...

¡Y pienso en esas procesiones desesperadas en que Dios se resiste y permanece sordo, en que fracasa el asalto de nuestras súplicas. Sería menester que como al final de una batalla perdida, atacara lo mejor del ejército, la guardia; y, nues-

tra guardia la compondría la irresistible falange de súplicas de los niños.

¡En todo caso, Señor mío, en este momento en que la misa ha terminado, en que esos desdichados que han rezado su acción de gracias van á ser conducidos de nuevo al hospital, recordad que cuando seres abyectos se mofaban de Vos en la subida del Calvario, un hombre hubo que se apiadó de Vos, que os ayudó á llevar vuestra cruz. Sed, ahora, el Cirineo de esos impedidos, ayudad á esos abrumados, á esos mártires de la vida, á llevar la suya!

Ignoro si Dios ha siquiera mejorado, esta mañana, el estado de aquellos enfermos, pero de lo que estoy seguro es de que no los ha curado, después de su comunión, pues de nuevo los veo en sus cochecillos al regresar yo por la tarde á la gruta.

Otra vez están aquí; pero otros cochecillos cuya presencia no noté, durante la misa, también están ante la Virgen.

Dos de ellos contienen á dos chicuelos, varones ambos, paralizados desde la cintura hasta los pies, atendidos por su madre, una señora del Ecuador; de cuando en cuando se levanta ésta del catreillo sobre que está sentada, coge á los dos pequeños y se los pone sobre la espalda; se los lleva á la gruta, les hace besar en la roca el sitio grasiento tocado por tantos labios, y vuelve á dejarlos en sus coches, en donde se ríen y jue-

gan. Hace pocos días que han llegado, y no quiere marcharse la señora hasta conseguir la curación de sus hijos. ¿La conseguirá?

Esa señora me hace meditar. Supongo que, en su país, todo el mundo la censuró al verla emprender tan costoso y largo viaje; si, al cabo de tanto cansancio y de tantos gastos, se vuelve con sus hijos en el mismo estado, será tremendo su regreso, pues todas las personas de lo que se llama buen sentido triunfarán de su fracaso y se burlarán de ella.

Y, además, el dolor de haber confiado tanto, para no conseguir nada; el sentimiento mismo de marcharse, diciéndose que, acaso, si se hubiese quedado más tiempo, la Virgen hubiera acabado por apiadarse... : ¡es para volverse loco! — Pero no; aun admitiendo que Nuestra Señora no le conceda lo que pide, siempre le concederá, como á los demás, con más abundancia que á los demás, á cambio de tanta fe, paciencia y valor, y compensará el presente fracaso con otras mercedes.

¡Pero, de todas maneras, quisiera yo que se apiadara el cielo de las angustias de esa desgraciada!

En este momento, la gruta, con poca gente, resulta sumamente simpática; el hombre de los cirios va y viene, haciendo su tarea. Pájaros chillan en la hiedra, doblan, bajo su ligero peso, las ramas del rosal silvestre que cuelgan bajo

los pies de la Virgen. Las muletas bailan y chocan unas con otras, colgando de los alambres que las sujetan; algunas campesinas, después de la roca pulimentada por el roce de los labios, y que tiene casi el color aceitoso de una aceituna negra, plantan ellas mismas en los pinchos sus modestos cirios, ó dejan un ramillete en un rincón de la gruta; fuera, todo el mundo reza el rosario, y con respeto se apartan todos ante la persona de monseñor Schœpfer, que, también él, aprovecha esta tranquilidad para venir á rezar en paz. Se acerca á los cochecillos, habla con los enfermos, bendice á los chiquillos del Ecuador, y, rehusando un reclinatorio que una señora le ofrece, se arroja en el suelo y dice, como los demás, el rosario; después, se desprende de las devotas que lo rodean para besarle el anillo, y regresa á su poco alegre residencia de detrás de la basílica.

No hay duda de que la Virgen de Lourdes es compasiva, y dulce, y siente uno como un alivio y una alegría al implorarla; pero no dejo también de pensar que yo soy, en este lugar, una especie de extraño y de intruso para Ella; me parece como que voy á casa de alguien muy ocupado, y que molesto; recuerdo la sombra deliciosa de la cripta de la catedral de Chartres, al amanecer, aquella cueva silenciosa en que también estaba yo cerca de Ella.

En Lourdes, estoy en una recepción única, en una ceremonia oficial en la que los invitados

desfilan por grupos ante la Reina, y se inclinan; en Chartres, está uno solo con Ella, en un cuarto cerrado; en tanto que, aquí, no hay sino recepciones de ceremonia, al aire libre.

En París mismo, en Nuestra Señora de las Victorias, en Saint-Severín, frente á la Virgen negra de las monjas de Santo Tomás de Villanueva, se siente uno más en su propia casa y más en la de Ella; hay allí, siquiera, un poco de obscuridad y de silencio; claro está que tales sensaciones de intimidad más ó menos viva son cuestión de temperamento y de los géneros de devoción que son consecuencia de cada temperamento; pero, preciso es decir que, habiendo previsto esas diferencias, la Virgen se pone, con la diversidad de sus efigies y de sus moradas, al alcance de todos; acoge á los solitarios en tal sitio, y á las muchedumbres en tales otros. En suma, cada cual puede encontrarla, según sus necesidades y según sus gustos.

He de decir que esta Virgen gloriosa, modernísima, que se ha definido á sí misma por una abstracción, no es La que yo prefiero. Espero que me lo perdonará, pues de sobra sabe que la amo en otros sitios y bajo otras formas; aunque, fijándose bien, esto que digo es hablar por hablar, pues, ¿cómo sustraerse á la atracción de Aquella cuyo amor por los miembros enfermos de su Hijo, nunca se ha manifestado con tanta vehemencia como en esta ciudad?

Y acuden á mi recuerdo las coincidencias que existen entre algunas de las Apariciones á Bernadette y ciertas fiestas, y ciertos oficios, y pienso que esas semejanzas que Ella quiso, atestiguan, una vez más, la importancia, en el plan divino, de esta Liturgia tan desdeñada y que es, sin embargo, la médula de la Iglesia misma.

Por ejemplo, la primera vez que Ella se manifestó, en un halo de luz, en la gruta, era el jueves 11 de febrero de 1858. Ahora bien, aquel día se celebraba en la diócesis de Tarbes la fiesta de la patrona de los pastores. Lourdes, por consiguiente, había, por la mañana, dicho la misa y el oficio de Santa Genoveva, patrona también de París, de ese París de donde había venido Nuestra Señora para fijarse en Lourdes.

¿No es significativa la elección de esta festividad, á partir de la cual la Virgen conversó, por espacio de diez y ocho veces, en días distintos, con la hija de Soubirous? Además de implicar un recuerdo afectuoso para la capital y para su santuario de Nuestra Señora de las Victorias, confirma la predilección de Cristo y de su Madre por los seres más rudimentarios, por las gentes del campo, que han conservado, lejos de los centros civilizados, la profesión bíblica de los patriarcas, por esos pastores y esas pastorcitas de las que formaba parte Bernadette.

Hasta puede observarse, en esta ocasión, que los dos personajes del siglo XIX, más conocidos

por su santidad, el Bienaventurado cura de Ars, y Don Bosco, el fundador de los Salesianos, han guardado también rebaños en su infancia.

Consultando el Ordo del año de 1858, de la diócesis de Tarbes, se descubren todavía otras coincidencias que merecen ser indicadas.

Por ejemplo : la primera vez que la Virgen mandó pedir por los pecadores, era el domingo de la Cuadragésima, y la misa de ese primer domingo de Cuaresma no cesa, en sus Colectas, de pedir á Dios perdón por nuestros pecados, y nos invita por la voz del Evangelista á expiar, á fuerza de maceraciones corporales, el abuso cada vez mayor de nuestras culpas, y á resistir, como lo hizo Cristo en el desierto, á los asaltos diabólicos y á las frecuentes tentaciones de nuestros sentidos.

El miércoles siguiente, al decir Ella tres veces seguidas : ¡ Penitencia ! y el viernes de la misma semana en que mandó á Bernadette que besara la tierra, eran el miércoles y el viernes de las cuatro Témoras, más particularmente consagrados al ejercicio de la penitencia. Son, en efecto, días de abstinencia, de ayuno, de humillación, y la Iglesia cuida de recordarlo, después de la Poscomunión de sus misas, cuando el sacerdote dirige á los fieles este aviso : ¡ Humillaos !

Todas estas recomendaciones de Nuestra Señora concuerdan pues con el carácter del oficio

del día : Ella no hace sino repetir, subrayándolas, las advertencias de dicho oficio.

Además, al final de las misas celebradas el día después de aquel jueves, 25 de febrero, en que designó Ella el lugar ocupado por el manantial en la gruta, se leyó el Evangelio según San Juan, que relata la historia del paralítico que pedía ser bañado, para curarse, en la piscina probática removida por un ángel.

Era, en efecto, el Evangelio del viernes de las cuatro Témoras, cuyo oficio lo sustituía, en la diócesis de Tarbes, la fiesta adventicia de la Lanza y de los Clavos.

El recuerdo, á través los siglos, de la fuente de Betsaida que parece ser la prefigura de la de Lourdes, ¿ no era como una promesa de los milagros que la Virgen preparaba y de los cuales no había dicho nada á Bernadette ?

Y, sin embargo, no puedo dejar de pensar, con tal motivo, que Jesús no ayudó al joven á sumergirse en la piscina, sino que simplemente le dijo : « Levántate, toma tu cama y vete », preluando así á las curaciones efectuadas sin el socorro del agua, tan numerosas aquí, ahora.

Podemos observar además que, á pesar de todas las instancias de Bernadette, la Virgen no le reveló que era la Inmaculada Concepción sino el día mismo en que se celebraba, en la Cristianidad, la fiesta de la Anunciación. No es necesario insistir sobre la relación que puede establecerse

entre el origen inmaculado de la Madre y la Concepción inmaculada del Hijo.

Aunque estas dos fiestas católicas están algo distantes en el calendario de la Iglesia, por una vez, franqueando el mes que las separa, á la voz de María se han juntado en la gruta de Lourdes.

Finalmente, la última aparición á Bernadette tuvo lugar el viernes 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, venerada en otros tiempos en esta ciudad, en donde un altar, dominado por un antiguo retablo, le estaba dedicado en la antigua iglesia.

La Virgen vino por última vez el día de una de sus festividades en que la liturgia expresa, en su nombre, los más dulces llamamientos, las más tiernas promesas. Ved la Epístola de su misa : « Venid á mí, todos los que me deseáis con ardor y llenos de los frutos que traigo... el que me escuche no será confundido, y los que obran por mí no perecerán... Los que me dan á conocer tendrán la vida eterna... »

¡ Tal es mi deseo, Virgen Santa ! Entretanto, los cochecitos se vuelven en fila unos tras otros, los peregrinos se dirigen hacia la basílica, en donde hay sermón ; me quedo casi solo. ¡ Esta gruta exhala mayor intimidad cada vez ! ¡ Lástima que sea tan administrativa, con su fuente canalizada, encerrada, como un agua cualquiera, dentro de tubos, y con sus verjas de jardín público, y sus rótulos de esmalte azul, seme-

jantes á los de nuestras esquinas de calles, en los que se lee en relieves blancos : por un lado « Entrada » y por el otro « Salida ».

Hay que hacer un verdadero esfuerzo para representársela, silvestre y desinteresada, como lo estaba en tiempos de Bernadette, cuando el río bañaba sus bordes ; cuando, en vez de asfalto, el musgo y el césped cubrían su suelo alegrado por variedad de florecillas silvestres, que se abrían, más numerosas que las demás plantas, en esta tierra siempre húmeda y privada de sol, llena, los días de crecida del Gave, de capas de lodo.

Todas las hierbas, todas las flores, excepto el rosal silvestre colocado bajo los pies de la Virgen, han muerto en esta cueva ennegrecida por el humo de los cirios.

No se puede negar que esas modificaciones de aspecto, y que los rótulos y las verjas hayan sido necesarios por la afluencia de las masas. Lo mismo ocurre con el paisaje, con los alrededores, con el Gave, que ha sido alejado, con la explanada ; pero, en ese caso, mirando la cuestión desde ese punto de vista, hay que apresurarse á decir que hay que edificar de nuevo á Lourdes, de una á otra punta.

Como hombre práctico que era, el Padre Sempé había organizado admirablemente los parajes de esta nueva villa ; pero no podía prever, en aquella época, la extensión formidable que

habían de tomar las peregrinaciones; había distribuído jardines y paseos, instalado albergues, colocado bancos bajo los árboles, instalado por todas partes sitios excusados para las necesidades corporales; ¡ciertamente, en ninguna parte se había provisto mejor á todas las evoluciones de la vida de las muchedumbres, pero no de muchedumbres que se elevaran á la cifra de 45.000 almas! Actualmente, durante las semanas de inmensas caravanas, todo resulta insuficiente, las iglesias, los albergues, los retretes y los bancos; sobre todo, el espacio que se extiende entre la gruta y el Gave es demasiado estrecho; se podría fácilmente alejar el muelle, y ganar aún terreno sobre el río; ¿pero, para qué? ¿quién conoce el porvenir? ¿quién sabe lo que Lourdes será el día de mañana?

Por otra parte, conviene indicar también que, tal como está organizada, la clínica médica, en estos momentos, resulta insuficiente.

Quando llega la peregrinación nacional, las dificultades son menos, porque cada uno de sus enfermos está anotado é inspeccionado de antemano; todos tienen sus documentos de identidad, y están listos los certificados de los médicos que los asistieron. Lo mismo ocurre con las peregrinaciones belgas, que traen con ellas médicos, y cuyos enfermos están provistos de certificados comprobados, sobre los cuales se puede contar con entera confianza. Pero no sucede lo

propio con las grandes peregrinaciones de provincia...

El Dr. Boissarie y el Dr. Cox se ven obligados á contentarse con los documentos expedidos por cualquier medicucho, con frecuencia mal redactados adrede, para no comprometerse, cuando saben que los enfermos se los piden con idea de ir á Lourdes; no hay, pues, seguridad alguna; no es posible fiarse, ni en la ciencia ni en la buena fe de esos medicastros de pueblo. Y la clínica, en casos que pudieran ser interesantes, tiene que callarse. Se ha tratado de remediar esa incertidumbre y ese desorden, pero, pensándolo bien, todas las soluciones propuestas resultan vanas.

Lo más prudente sería establecer en el hospital un gabinete de médicos que comprobaran los certificados y el estado de los enfermos recién llegados, acudiendo, para ciertos casos, á los instrumentos que utilizan los rayos recientemente descubiertos, en salas preparadas al efecto. Sí, pero ¿cómo formar ese concilio de médicos que más de una vez correrían riesgo de no entenderse, y cómo, por otra parte, podrían ellos examinar á fondo centenares ó miles de estropeados que, á veces, sólo uno ó dos días permanecen en Lourdes? Habría, pues, que impedir á los desdichados que se bañaran, y quizá que se curaran, hasta no haber sido examinados por los médicos... : ¡esto es imposible!

Zola, por su parte, declaraba que era necesario fotografiar las llagas; pero la fotografía no da el color y no penetra en la profundidad de los tejidos; de modo que, por sí sola, no sería una garantía.

No, la innovación que á mí me parece preferible sería la que permitiera hospitalizar, durante un tiempo más ó menos largo, á los enfermos mejorados y en vías de curación. Todos se van, en efecto, al cabo de algunos días con las peregrinaciones que los trajeron. Interrumpen, por decirlo así, el tratamiento comenzado por la Virgen. ¿Quién sabe si nuevas inmersiones en las piscinas ó nuevas oraciones delante de la gruta no apresurarían la vuelta á la salud, y no evitarían, tal vez, las recaídas?

La clínica, por su parte, ganaría en ello el no tener que contentarse con exámenes someros, sino que podría seguir paso á paso y estudiar las fases de las curaciones.

Sólo que, todo eso no le impedirá apuntar, por falta de pruebas, menos maravillas de las que en realidad hay, puesto que, haga lo que haga, siempre ignorará una parte de las curaciones obtenidas en Lourdes. Enfermos graves que no han venido con peregrinaciones y que se han hospedado en fondas, no tienen empeño, por lo general, una vez curados, en someterse á interrogatorios y registros en pleno público, para ser después mirados como un bicho raro por la gente

de la ciudad; y se marchan sin poner los pies en la oficina médica. — Lo cual prueba, entre paréntesis, que todas las estadísticas establecidas acerca de los milagros conseguidos en Lourdes son ilusorias é inexactas.

Esto, después de todo, es cuestión de poco más ó menos, y, por consiguiente, poco importa que la inspección facultativa esté organizada de una manera más ó menos científica; en el fondo, su verdadera, su única utilidad estriba en no perder de vista, en el transcurso de su vida, á cierto número de miraculados cuyos antecedentes le son conocidos, á quienes ha examinado inmediatamente después de su curación, á quienes examina aún todos los años. Si no se produce ninguna recaída, puede entonces pronunciarse con toda certeza. Sin dicha oficina, ninguna seguridad se impone; pues nadie puede, en efecto, vanagloriarse de haber visto un milagro en Lourdes, puesto que muchas curas extraordinarias no resisten á la prueba del tiempo, y que no hay milagro, en el verdadero sentido de la palabra, si el mal no ha hecho más que dormirse para despertarse después.

Y, por otra parte, aun suponiendo que se descubra un procedimiento de averiguación más seguro que el de los certificados, ¿de qué serviría? Había la Virgen de resucitar, mañana, á un muerto, y toda la falange de libre-pensadores gritaría en seguida, por todas partes, que

aquel hombre estaba en estado de letargía, que no estaba muerto; siempre existirá, en efecto, una especie de procedimiento jurídico espiritual que permita á ciertas gentes obstinadas el negar sistemáticamente, casi con cierta buena fe, la evidencia.

Esta tarde habrá una procesión poco numerosa; todos los pacientes cabrán en la cuba del Rosario. Me propongo quedarme de pie detrás de los cochecitos, y de los enfermos sentados en bancos. Salvo el chicuelo holandés, con su sombrero tirolés verde, y que conserva el mismo aspecto de rana tendida boca arriba, y los dos hermanos del Ecuador, cuya madre me conmueve, ya no tengo aquí á enfermos preferidos cuya curación desee más especialmente. Todos los que están reunidos en ese círculo son desgraciados ya vistos en la gruta; paralíticos y tuberculosos, y otros atacados de afecciones internas que ignoro.

Á eso de las cuatro, me instalo detrás de dos chicuelas del pueblo, flamencas pálidas y abotagadas, que están sentadas; pero el olor que despiden me hace huir. ¿Se verán libres estas pobres muchachas de los males ocultos que semejante olor revela? — Me voy más lejos, al lado de los ciegos inodoros que rezan.

Precedida, como de costumbre, por suizos y monaguillos, viene la procesioncita, cantando cánticos. Un obispo lleva la custodia, seguido del

melenudo prelado de Palestina, y del acompañamiento habitual de sacerdotes con sobrepelliz, y de los camilleros.

Pero hay una novedad: hoy, las exoraciones se gritan en todas las lenguas: primero en francés, luego en inglés, en holandés y en flamenco.

Sacerdotes de nacionalidades diferentes, todos con sotana, menos el sacerdote inglés, que está de levita, se suceden, para vociferarlas en medio del circo.

El efecto es pésimo; apenas si se oyen algunas voces que las repiten; los circunstantes se callan, por no comprender una palabra de lo que se profiere. ¿No sería más sencilló clamar las invocaciones en la lengua de la Iglesia, en latín?

Y, por otra parte, ¿qué significa esto? los turistas ingleses están aquí en reducido número; han traído á dos ó tres enfermos entre sus maletas, y hay que dirigirse á Dios en inglés... No hay, realmente, proporción entre una cosa y otra.

Mas ya comienza el Santísimo á bendecir á los enfermos; pero, no sé, me parece que asisto al mezquino ensayo de un drama grandioso; esta reducción casi taciturna de inmensas procesiones en las que rugían las muchedumbres, mueve á compasión; nadie reza con entusiasmo; y los enfermos, desconcertados, no parecen contar ya con su curación. Ninguno que se retuerza ante la custodia y la suplique. Todos bajan la

cabeza, mientras los gritos de Babel expiran sin eco en la explanada y en los montes.

Veo desde lejos á los niños del Ecuador, que se ríen, y á su madre, que reza el rosario; al enfermito holandés que yace, inanimado, sobre su camilla; ni siquiera mejoría ha sentido ninguno; hoy, la procesión ha sido un fiasco tan divino como humano.

Para colmo de mala suerte, también lo cómico viene á hacer de las suyas. En el momento en que llega hacia mi lado el Santísimo, uno de los laicos que le precede, con un quitasol blanco en la mano, dirige imperiosos gestos á un muchacho que, no sólo no se ha arrodillado, sino que parece estar bailando. Se enfada el señor, y cuesta muchísimo trabajo hacerle comprender que el chico padece de baile de San Vito, y que no puede quedarse de rodillas. Pero no es esto solo: ¡el obispo de Oriente, con cabeza de Cristo, convencido sin duda de que la bendición del Señor es insuficiente para salvar á los enfermos, añade también la suya!

Termina la procesión, y todos se van.

Sólo quedan los holandeses, que han de salir de Lourdes esta noche; suben á las gradas del Rosario y forman grupos, con los enfermos delante, y el gnomo, sobre su camilla, en medio. — ¡Ay! ¡ése no se va curado! — El fotógrafo rectifica las posiciones. Las jóvenes holandesas se ríen como locuelas; los camareros del papa, con

cintura morada, no saben cómo decirles que se estén quietas. Se oye: ¡no moverse! — y, en seguida, parece aquello una desbandada de pájaros. — ¡Cuánto tendrán que contar á sus amigas, una vez de regreso á sus casas, inclinadas sobre las canales que reflejan su rostro, en el fondo tan melancólico de la plácida Holanda!

Voy á la clínica; algunos sacerdotes sentados miran alegremente á un portugués que salta, á pies juntillas, por encima de las sillas, y que luego se encorva hacia atrás, tocando casi el suelo con su nuca.

— Un verdadero acróbata, dice el Dr. Boissarie, que no aparta de él sus miradas; y, una vez fuera dicho joven, me dice el doctor que éste estaba paralizado de brazos y piernas, que había salido de Lisboa, en una berlina de tren, camino de París, en donde quería consultar á algunos médicos. No recuerda cómo fué que quiso cambiar de dirección, para detenerse primero en Lourdes. Y, aquí, después de sólo un baño en la piscina, ha recobrado la extraordinaria flexibilidad de la que acaba de darnos pruebas tan fehacientes. Y entonces, en vez de ir á París, ha optado por quedarse aquí, en donde, para dar gracias á la Virgen, va á dedicarse á camillero y á bañero.

— En cuanto á su enfermedad, no tenemos por qué preocuparnos de ella, prosigue el doctor, ignoramos sus antecedentes y sus causas; esa

parálisis, muy bien puede ser una parálisis de origen nervioso...

— Pero, en todo caso, interrumpe un cura ocupado en clasificar notas, en todo caso, los médicos que le han asistido no han podido curarlo; hay probabilidades de que no alcanzaran más éxito los médicos de París. ¿Por qué, entonces, no habría de haber efectuado la Virgen un milagro, tratándose de una enfermedad nerviosa, más incurable á veces que muchas otras? el eterno argumento de los neuróticos, invocado por los libre-pensadores, no me parece pues definitivo...

— En efecto, contesta otro sacerdote, no se acierta á comprender por qué una persona, por el solo hecho de ser nerviosa, quedaría privada de mercedes concedidas á las que no lo son.

— ¡Quién lo duda! pero, ¡para qué discutir! exclama el doctor; no hay peor sordo que el que no quiere oír. Y si aún fueran de buena fe todos los adversarios... Escuchen esta historia; les informará á ustedes respecto de la mentalidad de ciertos incrédulos.

Un día, examinamos á una enferma provista de un certificado de médico declarando que está tísica. En efecto, lo estaba. Después del primer baño, queda curada, todas las lesiones han desaparecido. Temiendo, no obstante, una equivocación, telegrafiamos al médico, pero sin anunciarle la curación, para preguntarle si esta enferma á la que él asiste desde hace bastante tiempo es real-

mente una tuberculosa, y nos contesta que sí, confirmando así por telegrama la naturaleza de la enfermedad.

De regreso á su país, la buena mujer se presenta á su médico, que se extraña, la ausculta, la interroga, la obliga á volver tres veces, y, por fin, consiente en expedirle un certificado de curación; pero, como se trata de una curación milagrosa de Lourdes, dice en el certificado que sólo un simple resfriado tenía la enferma....

El calor es sofocante en esta oficinita; salgo, acompañado por un eclesiástico que me dice:

— Tiene razón el Dr. Boissarie: ¿por qué discutir con gentes que, frente á un milagro, buscarán de todas maneras causas naturales, pronunciarán palabras técnicas que les costaría mucho trabajo explicar, como Zola, cuando habla de « trastornos de la nutrición » con motivo de un lupus? El caso de Gabriel Gargám es típico, respecto del particular; usted conoce, creo, á ese miraculado, pues le he visto á usted varias veces hablando con él...

— Sí, lo he conocido en las piscinas; es un hombre inteligente, humilde y muy simpático.

— Bueno; pues resumo en pocas palabras su historia para hacerle á usted tocar con el dedo la locura de las ideas que dicha historia sugiere á los incrédulos. Era ambulante de correos. El 17 de diciembre de 1899, su vagón fué enganchado á la cola del rápido que sale, por la noche,

de Burdeos, con dirección á París. A consecuencia de una avería de la máquina, el tren se paró cerca de Angulema; llega el expreso, con una velocidad de 90 kilómetros por hora: el coche correo fué despedazado, y Gargám proyectado á diez y ocho metros de la vía, en medio de la nieve.

Fué recogido al día siguiente por la mañana, y llevado, moribundo, al hospital de Angulema; estaba acribillado de heridas; tenía rota una clavícula; estaba paralizado desde la cintura para abajo; no podía tragar nada, y hasta llegó á hacerse casi imposible la alimentación, á pesar de que se la introducían con una sonda, en el estómago, varias veces al día.

Se le formó pleito á la Compañía de Orleáns. Los médicos tuvieron que suministrar informes, y todos estuvieron de acuerdo en que el enfermo aquel no podía curarse, y que no tardaría en morir. Con tales informes, la Compañía, que primero ofreció pagarle al herido una renta anual de tres mil francos, fué condenada por el tribunal civil de Angulema á pagarle una de seis mil, con más una indemnización de sesenta mil francos.

Fíjese usted en que si enfermo ha habido que haya sido examinado atentamente, ese enfermo es Gargám; y que si los médicos de la Compañía de Orleáns, que tenían interés en favorecer á la Compañía, hubiesen comprendido que podía

curarse, lo habrían dicho; de modo que, al declarar que Gargám estaba perdido, es que realmente lo estaba.

El pronóstico comenzaba á realizarse; el estado del enfermo empeoró; notaron, un día, que sus pies se habían puesto negros; creyóse que estaban sucios, pero, al tocar la piel de los dedos para limpiarla, se abrió y salió pus. Era la gangrena, que venía á añadirse á lo demás.

Gargám no creía; pero sí su familia, la cual rezaba con fervor por él; y como la medicina se declaraba impotente, no sólo para curarlo sino para aliviarlo, quedó resuelto que lo llevarían á Lourdes. Obedeció, para no desesperar á su madre, pero no creyó que sería curado. Lo pusieron en una camilla especial que tenía un colchón, y fué subido á un coche de tren. Un poco antes de llegar á la estación de Lourdes, su madre le señaló con el dedo el enorme Cristo erigido sobre la montaña del vía crucis, y le pidió que le enviara un beso, ó, por lo menos, que lo saludara.

Rehusó, volviendo la cabeza. Llevado en su propia camilla á las piscinas, se le deslizó, mientras todos rezaban, atado á una tabla, hasta el baño. Se desmayó, después abrió los ojos y se puso en pie. Aquel hombre, agotado por veinte meses de enfermedad, reducido al estado de esqueleto, aquel hombre anduvo; la gangrena había desaparecido; ahora, los pies estaban

sanos; ya no había parálisis; y el estómago, que ya no soportaba, los últimos días, ni el paso de la sonda, digirió con facilidad varios alimentos; de modo que, realmente, puede decirse que, de un salto, Gargám resucitó.

— Así es; y lo que me llama la atención es que no tenía fe, ó, si la tenía, se había como apagado, desde hacía bastantes años. De todas las conversaciones que he tenido con él me ha parecido que ese hombre ha sido objeto de un doble milagro: creyó al mismo tiempo que fué curado; ambos milagros se efectuaron espontáneamente, en el mismo minuto. Y, entonces, ¿qué viene á ser de la fe que autosugestiona de antemano al enfermo, la fe que cura de Charcot?

— Lo ignoro; pero, contrariamente al parecer del jefe de clínica del hospital de Angulema, el cual vió en la parálisis de Gargám una enfermedad de la médula, de marcha progresiva, los incrédulos, á raíz del milagro, declararon que dicha parálisis no podía ser sino una parálisis de origen nervioso.

— ¿Y la gangrena, también era de origen nervioso?

— No lo creo, contestó, riéndose, el abate; pero, aun admitiendo que tengan razón respecto de la naturaleza de la enfermedad, todavía les quedaría por explicar la curación instantánea de la gangrena; las fuerzas que volvieron, sin convalecencia, después de más de un año de ina-

nición; el estómago restablecido, en un segundo.

— Pues contestarán que todo ello es efecto de la impresión causada por el agua fría, que son los beneficios de reacción de la hidroterapia. Sólo que, si creen en la virtud de esa hidroterapia, ¿por qué demonios, no la aplican, en casos semejantes, en París? Puede acudirse á la hidroterapia en más partes que aquí, y mucho mejor que aquí; pues no hay establecimiento de baños que esté más pobremente montado que el de Lourdes: por todo aparato, sólo posee pilas de agua sucia.

Y, ya puestos á ensayar, también podrían probar con el sistema de las piscinas, en donde se baña á mujeres, sin saber si están ó no indispuestas, y si han terminado su digestión. ¡Mucho desearía saber el resultado que dieran, en la Salpêtrière, por ejemplo, esos ensayos de tratamiento sobre las afecciones nerviosas de las mujeres que allí reciben asistencia!